

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO CICLO A

TESTIGOS DE LA ETERNA NAVIDAD

El adviento es el tiempo de la espera de la venida de Dios.

¿Pero Dios, le interesará, querrá venir a nuestro mundo? La respuesta a esta pregunta es el centro y corazón del mensaje de NAVIDAD: Dios ha tomado la iniciativa de venir y es feliz de hacerlo.

Dios se tomó su tiempo para hacerse cercano a los humanos. Con paciencia y misericordia, Él se hizo conocer y desear a lo largo de la historia de Israel.

Para sostener la esperanza de este pequeño pueblo en los momentos difíciles, Dios le hace promesas a través de sus profetas.

En la primera lectura que escuchamos hoy, Isaías anuncia uno de los signos de su venida que se ha realizado en María: *“El Señor, pues, les dará esta señal: La joven está embarazada y da a luz un varón a quien le pone el nombre de Emmanuel, es decir: Dios-con-nosotros”*.

El proyecto de Dios de venir a vivir con nosotros se realiza finalmente por la ENCARNACIÓN de su Hijo único. ¿Cómo? En un pequeño bebé. ¿Quién habría podido imaginar la venida de Dios de este modo? Un recién nacido, es tan frágil que nos es necesario brindarle constantes cuidados, pero él está pleno de vida y de futuro.

Ustedes que son padres, ustedes saben hasta qué punto un hijo depende de nosotros, de la familia y de la sociedad. Él está a la merced del amor de los padres y de su acogida.

Ahora Dios, el Creador del Universo y el tres veces santo, viene a nosotros a través de un niño que nosotros podríamos haber tomado en nuestros brazos. ¡Este es el misterio de la Navidad, de la primera y auténtica navidad, un encuentro con Dios!

Para hacerse más cercano a nosotros, Dios entra en la vida de una pareja joven de Nazaret: María y José el carpintero. María, mujer que

espera, una mujer que escucha y ora, concibe de manera misteriosa por acción del Espíritu.

Ella acepta libremente ser la madre del Mesías y pone toda su confianza en la Palabra que le viene de la parte de Dios.

En este domingo, el evangelista Mateo nos enseña el papel de José, un hombre justo, que vive en la intimidad del Señor y que ama a María su esposa. José, sin embargo, es puesto en una situación difícil, se ve en un verdadero dilema. Al constatar que María está embarazada, decide repudiarla en secreto (de manera discreta), puesto que el Hijo que espera ella no es de él. Es en ese momento que el Ángel del Señor se le aparece en un sueño y le pide asumir la paternidad del bebé. Al igual que María, José pone toda su fe en Dios. Él acepta respetar el secreto de María y llevarla a su casa, tomarla como esposa y asumir la paternidad del hijo dándole el nombre de Jesús.

Es así como Jesús es descendiente de David y es el Hijo de la Promesa. El Sí de María y de José ha sido necesario para que el Hijo de Dios llegue a ser el hermano de todos los humanos, aquel que ha hecho ver el rostro de Dios y escuchar su mensaje de amor y de salvación.

El gran sueño de Dios se ha realizado, pero no sin antes contar con la fe y la cooperación de María y de José.

Aún hoy, Dios no viene a nuestro mundo, pero no sin antes contar con nosotros. Si, eres tú, soy yo, somos nosotros todos quienes tenemos la misión de anunciar hoy la Buena Noticia de la Venida de Dios en Jesús y de colaborar en la realización de su proyecto de salvar a todos los humanos.

Después de haber hablado del rol de la Virgen María, San Agustín osa decir a sus fieles oyentes: *“por la fe nosotros también concebimos a Jesús en nuestros corazones y por nuestro testimonio lo mostramos y lo ponemos en el mundo”*.

En NAVIDAD, Dios hace señas (nos manda signos) y nos confía también una misión: Testimoniar su presencia en medio de nosotros.

Nos corresponde a nosotros ahora, hoy darle toda la plaza a Jesús en nuestros corazones y ponerlo en el mundo a través de nuestro testimonio de creyentes.

Es un signo sorprendente: un bebé, un niño. He aquí Dios que se hace humano como nosotros. He aquí Dios con nosotros. ¿Quién habría imaginado algo parecido? Era tan sorprendente que San Juan nos dice en el evangelio de la misa del día de navidad: *“Él vino a los suyos y los suyos no lo reconocieron”*. Todavía hoy, Dios molesta, es incómodo. Algunos no quieren hacerle un lugar, darle un puesto en el bus de la vida.

Y nosotros, ¿cómo seremos signos de su amor para aquellos que nos rodean? Muy rápido, los regalos más maravillosos serán olvidados. Los árboles de navidad, pesebres y demás decoraciones, serán quizás desarmados y guardados para el 26 de diciembre. Y, por lo tanto, Dios estará siempre presente en nuestras vidas. Él es el “Dios con nosotros”. ¿Estaremos con ÉL?

Durante estos días de fiesta, las ocasiones no faltan para colaborar en la venida de Dios: una palabra de ánimo y de apoyo, una presencia atenta y amorosa cerca de aquellas personas que sufren y de los enfermos, la preocupación por servir y ayudar a los más desfavorecidos.

Para llegar a ser el Emmanuel, el Dios con nosotros, Dios ha querido necesitar de María y de José. Sin su fe y su colaboración, no habría habido la primera navidad.

Este año de igual manera, no habrá navidad sin nosotros.

¡Feliz Navidad!

P. GUSTAVO QUICENO JARAMILLO. mxy
DIOCESIS DE LA DORADA GUADUAS COLOMBIA
DICIEMBRE 15 / 2022